

La Novela Exquisita

60 céntimos



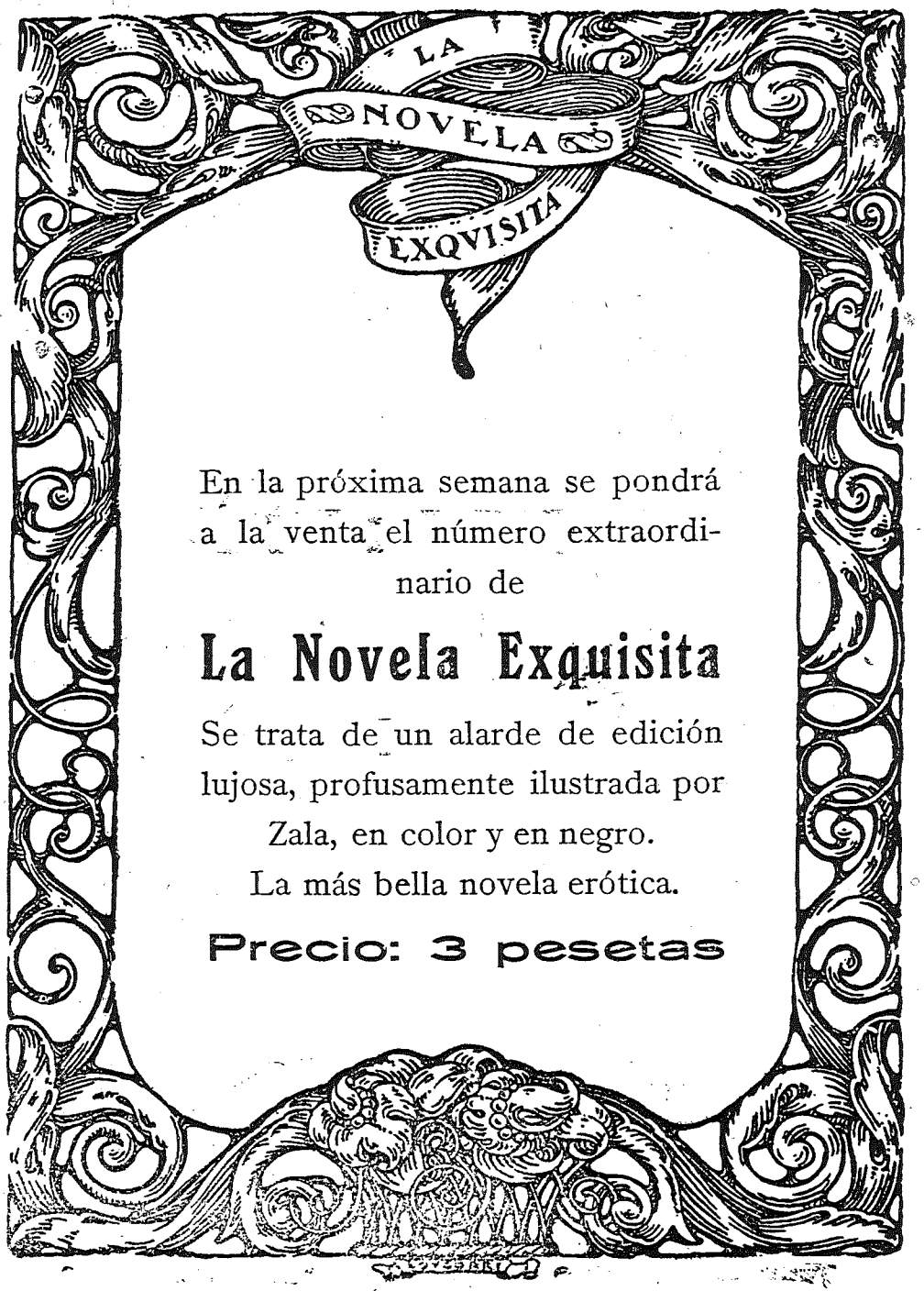
LAS HISTERICAS

NOVELA POR LEON INARDIEL

LAS HISTERICAS

Administración:
Doctor Esquerdo, 6
: Madrid :





En la próxima semana se pondrá a la venta el número extraordinario de

La Novela Exquisita

Se trata de un alarde de edición lujosa, profusamente ilustrada por Zala, en color y en negro.

La más bella novela erótica.

Precio: 3 pesetas

I

¿No os acordáis de Adela Alonso de Orensana, condesita de Prado-Jáuregui? Haced un poco de memoria. Es la célebre condesita de Prado-Jáuregui, célebre en nuestro Madrid galante por su escándalos y sus vicios. En los casinos, en las tertulias de los cafés suele hablarse de ella—como de sus hermanas y su madre—, de sus amistades con artistas ambiguos. Precisamente, no hace mucho, se dijo que había instalado en un hotelito, cerca de la Guindalera, pero aun dentro del barrio de Salamanca—ni me es posible ni sería discreto precisar la calle—, un apartado retiro para las mujercitas inflamadas por el fuego de Lesbos... Haced memoria... Tuvo que intervenir la Policía. Las pillaron una noche en plena bacanal... Doce, catorce muchachas, algunas de ellas de nombres ilustres y conocidísimos. Pues bien, a esa Adela Alonso me refiero.

Voy a contaros lo que de ella, anoche mismo, me contaron a mí, con todo lujo de detalles. Creedme, que vale la pena. Ahora, sí, debo advertirlo: se trata de una historia libertina, sin moraleja final posible. No es tampoco nada ex-

traordinario, de un interés folletinesco. Pero digo que vale la pena, porque en ella se pone a las claras, sabrosamente comentado por los hechos, entre otras cosas, la verdad indiscutible de que la mayoría de las lesbianas lo son, no por descontento con el sexo que la Naturaleza quiso otorgarles, sino por todo lo contrario; es es, por excesivo amor a ese mismo sexo.

En otras palabras: que la mayor parte de las practicadoras del dulce deliquio de Safo no tienen aspiraciones masculinas. Me atrevo a decir más... Me atrevo a decir que al hombre, por muy vicioso que sea, le es intolerablemente antipático el tipo de mujer que, en jerga burdeliana, suele ser denominado con el repelente nombre de "el machito". De ahí el interés documental de la historia de Adela Alonso, condesita de Prado-Jáuregui. Nadie puede negar que le gustan a Adelita las nenas guapas, sin más pretensiones de suplantar al sexo contrario. Le gustan..., vaya, porque sí, porque... "están muy ricas", como ella dice. Pero un buen día, en París, quiso la suerte que se encontrara con una de esas mujeres dotadas por mamá Natura de un "amago" de sexo masculino, y...

Pero vamos por partes.

II

Todos sabemos que Adela suele hacer viajes a París completamente sola. Va—palabras suyas—a "echar una canita al aire". Allí, en brazos del azar, déjase conducir hacia los antros que llamaríamos equívocos, si hubiese alguna posible equivocación en los hallazgos que pueden hacerse en ellos. Cuando la soledad le aburre, acude a los amigos—como ella, curiosos de perversidades y vicios—, que no le faltan en la dorada Lutecia. Pero, por lo general, "se divierte" ella sola. Sola va a los cabarets, y a los *music-halls* de Montmartre, y a los bailes de barrio, y a toda clase de burdeles, desde los más caros y complicados a los más económicos; pero, por lo mismo, mucho más pintorescos.

Aquella vez nuestra condesita tomó opulento albergue en el Hotel Constance. Una tarde, de domingo por cierto, como se levantara cerca de las cuatro, pidió que le subieran a su cuarto la comida.

Sirvióle Rosalie, una doncellita de quien más de una razón tenía Adela para sospechar ciertas inclinaciones que, a decir verdad, si bien no le asustaban, le inquietaban un poco,

pues nunca había sido aficionada a "caer" con la servidumbre, si no por orgullo, por evitar las complicaciones anejas a una flaqueza, en brazos de una inferior.

Al acabar la comida, Adela, por decir algo, se disculpó de la *negligée* con que vestía y de haberla obligado a servirla a aquellas horas.

Nunca lo hubiera hecho. La muy ladina aprovechó lo que Adela nunca hubiera creído que constituía una oportunidad, para decirla:

—No se apure la señora. A mí me gusta la señora de todas maneras. Pero así..., con esa palidez, con ésas ojeras tan interesantes... La verdad..., la señora es un encanto, lo que se dice un encanto.

El ataque fué de tal osadía, que Adela—¡Adela Alonso!—sintió que estúpidamente se le coloreaban las mejillas.

—Es usted muy amable, Rosalie.

—Muy sincera nada más. Hay mujeres que no se atreven a decir estas cosas a otras mujeres. Yo, sí... Si encuentro que la señora es una mujercita deliciosa, ¿por qué no he de decírselo?

—De todas formas, muchas gracias. Y ya le digo... Perdóneme que la haya entretenido hasta ahora. Yo creí que me serviría el camarero.

—Y a él le correspondía, sí, señora. Pero como para mí no hay mayor satisfacción que servir a la señora... pues, nada, que le dije al camarero que yo me encargaba de servirla. Yo quisiera que no olvidara la señora lo que le he dicho muchas veces: que a nadie sirvo en el hotel con más gusto que a la señora. ¡Es tan simpática! ¡Y tan linda!... Parece que no, pero a una mujer bonita se le sirve siempre con más gusto...

Tuvo Adela que enmudecer para obligar a Rosalie a sellar el pico y marcharse. Estaba bien la doncellita... O ella no sabía nada de mujeres, o la doncellita también... Y como bonita sí que lo era la muy pícara. Según ella misma le había dicho, era del Sur, *du Midi,* de Toulouse, si no recordaba mal. Así se explicaba su tipo moreno, de carnes de marmórea dureza. Tenía la agilidad, la ligereza, la gracia apicarada de las hijas de Francia, y el color y los ojos y el fuego de las españolas.

El tenaz silencio de Adela obligó a Rosalie a despedirse. Al quedar sola la condesita tuvo que reconocer que la osadía de la doncella había acabado por inquietarla.

La noche anterior la había pasado en brazos de una *petite actrice* de la Renaissance. ¡Qué delicia y qué horror! Por la mañana la flexión involuntaria de las piernas, las tenazas en los riñones y el agudo dolor de los huesos la acusaban de los excesos, de las locuras tan deliciosa como agotadoramente pasadas.

Se sentía la condesita un poquitín neurasténica, y como empezaran a encenderse las luces en la calle, decidió:

—Son las cinco y media... ¿Dónde ir a esta hora? Lo más razonable es volverse a la cama. Otro par de horitas de sueño, y luego a levantarse y pasar la noche por ahí..., por donde quiera el diablo.

III

Cerca del ascensor se cruzó con una muchacha, linda y pizpireta, que la saludó amablemente.

—*Bon soir, madame.*

Se fijó... ¿No se equivocaba?

—¡Rosalie! Pero, ¡Rosalie!...

En efecto, era la camarera, con su sobrio y coquetón trajecillo de domingo y su rojo sombrerillo, encarnado, como una caperuza.

¡Qué demonio de muchacha! Estaba lindísima. De verdad... De verdad... ¡Que estaba lindísima!

Después de su exclamación, Adela, un poco confusa—sin saber por qué—, no supo qué decir. Rosalie, por su parte, tampoco dijo nada.

Pero cuando la situación empezaba a hacerse embarazosa:

—Voy de paseo, señorita—explicó Rosalie—. Fíjese... Es domingo... Mi día de salida.

—Te verás con tu novio, naturalmente—apuntó Adela sonriendo.

—¿Con mi novio? ¡Qué horror!

—¿Horror de qué?...

—No me hable usted de los hombres. ¡Qué presumidos! ¡Qué ingratos!

Adela la observaba en silencio. Por un momento había sentido correr un leve estremecimiento a lo largo de su cuerpo todo. La proximidad de aquella mujer, tan deliciosamente insinuante, había despertado en ella un desasosiego envolvente, pese a su repulsión a ciertas condescendencias con los criados. Pero aun cuando—había que reconocerlo—se exaltaron en ella sus instintos de viciosa y sintió un vehemente deseo de besar allí mismo la cálida boca de la linda mujercita, se contuvo y decidió dar por terminado el diálogo.

—Bueno, mujer, adiós... Que te diviertas mucho.

—Allá veremos—siguió la doncella, como si no hubiera advertido la significación de la brusca despedida—. Por el momento, me voy a cenar por ahí. Podía cenar en el hotel; pero me gusta más hacerlo a mi antojo y a la hora que me parezca... Un día es un día... Luego... qué se yo... A pasear... Quizá a algún teatrillo. En *La Cigale* creo que están poniendo una revista *trés rigolotte*. Si la señorita no se ofendiera... No sé si debo atreverme...

Nada más que por ver hasta dónde llegaba la audacia de aquella criatura, Adela la instó:

—Atrévete, mujer, atrévete...

—Es mucho pedir, ya lo comprendo. Yo tendría mucho gusto en invitar a la señorita...

—¿A qué?

—A... cenar conmigo. ¿Por qué se ríe la señorita?

—No sé... Me has hecho gracia...

—¿Mi atrevimiento?

—Posiblemente.

—¿No acepta, claro?

Adela dudó un instante. Pero la mirada lasciva y el diabólico gesto de la indina humedeciéndose los labios con la punta de una lengüecilla *terriblemente* roja y afilada, le hicieron encogerse de hombros, como desdeñando las preocupaciones que le aconsejaran no acceder a los requerimientos de la doncella, y darse definitivamente por vencida.

—Bueno, mujer, aceptado. Y encantada. Ahora, que... con una condición. Cenaremos en cualquier restaurante de barrio... ¡A la bohemia!

A poco más Rosalie se pone a palmotear de júbilo.

—¡Oh, qué buena, qué sencilla es la señorita! Da gusto...

Adela osó una graciosa picardía:

—¿Doy gusto? Eso dicen...

Y Rosalie, tal vez por no ser menos:

—¿Eso dicen? ¿Ve usted como no me equivoco? Por algo, desde el primer día, vi en usted una mujer encantadora. Pero encantadora para todos. Pocas hay, como usted, que agraden igualmente a los hombres y a las mujeres. Y no crea la señorita que hablo con segunda intención...

—Lo supongo... En una muchacha tan inocente como tú no caben segundas intenciones. ¿Verdad, Rosalie?

Se quedaron mirando las dos mujeres. Y ambas terminaron con una sonora carcajada.

—En fin, ya está dicho. Me convidas a cenar. Llévame adonde quieras, con tal de que no te resulte demasiado caro.

Ya en la calle, se cogió Adela del brazo de su "conquistadora". Se le ocurrió, en efecto, esta palabra... Y, por asociación de ideas, se le ocurrió en seguida que ella tenía que asumir aquella noche el papel de conquistada. Por eso, todas

las iniciativas debían partir de la otra. En esto, precisamente, estaba el encanto de la aventura. ¡Conquistar mujeres! ¡Había conquistado ella a tantas!... Lo delicioso sería esta vez dejarse conquistar y asaltar por aquel lindo demonio de mujer, cuya honda y penetrante mirada bastábale a ella para sentirse desfallecer de emoción erótica... Asistir a todas sus artimañas, a todos sus recursos persuasivos, a todas sus primeras timideces y a todas sus finales osadías...

Cenaron en un restaurante modesto, adonde solía ir Rosalie los domingos y en donde solía encontrarse con otras amigas suyas de los mismos gustos y aficiones. No faltaban en la clientela abigarrada y heterogénea muchachitas alegres, con trazas de *midinettes y dactylos,* algunas de las cuales sonrieron maliciosamente a Rosalie al verla en compañía de tan bella y elegante señora. Una de ellas, al pasar, no pudo por menos de decir quedamente, pero no tanto que no llegara a oídos de Adela:

—Enhorabuena, *ma mignone. Tu as de la veine!*

Durante la cena, Rosalie se multiplicaba por atender y mimar a su "señora". Bajo la mesa, una pierna empezó a insinuarse con la otra, ya impaciente de establecer el contacto. Al advertir la doncella la pasividad alentadora de la sitiada, sin más precauciones, cabalgó su muslo derecho sobre el izquierdo de Adela. Entonces la condesita volvió la cabeza, y la miró a los ojos, encontrando otros ojos dulces y enternecidos.

En la precipitación del final de la cena podía advertirse la impaciencia de las dos mujeres por salir de aquel lugar, en que ya empezaban a ser objeto de todas las miradas.

Al encontrarse otra vez en la calle, Adela preguntó:

—Y ahora, ¿adónde vamos?

Rosalie estaba ya convencida de que podía ir sin miedo mucho más adelante en sus insinuaciones. Ahora, pues, la torpeza consistiría en pecar por carta de menos...

—Yo creo—propuso—que en ninguna parte estaríamos mejor que en mi casa. No sé si sabrá la señorita que vivo sola en un pisito amueblado, muy chiquitín, pero muy confortable.

—Bien. Llévame a tu casa. Aunque no sé a qué...

—A que la obsequie.

—¿Con qué? Porque, sinceramente, me vas inspirando un poquito de miedo.

—Pues mi invitación no puede ser más sencilla. Una taza de lo que usted quiera y algunos licores.

—Tienes bien provisto tu *buffet*...

—No; es que suelo recibir a algunas amigas... Hay que aturdirse de vez en cuando.

No hablaron más del pisito "chiquitín, pero confortable". Tomaron un "taxis" y se encaminaron a él, sencillamente.

IV

Adela, muy complacida de hallarse en la intimidad de aquellas tres habitaciones, sin lujos, pero arregladas con un raro sentido de la decoración moderna, fué curioseándolo todo minuciosamente, mientras Rosalie se despojaba del gabán y el sombrero.

—¿Qué le parece? Estará usted pensando horrores de mi mal gusto.

—Sí, sí, poco que te gusta a ti que te regalen el oído. Está esto muy bien. De verdad. Aunque no me extraña. Ya me figuraba yo que tu casa, por muy modesta que fuese, tendría que ser algo así... como lo que es... Una delicia de intimidad y buen gusto.

Adela seguía curioseando. Entró en la alcoba y exclamó:

—¡Muchacha! ¡Una cama tan grande para una mujercita sola! Te perderás en ella...

—No siempre. Ya le digo que los días que estoy libre suelo recibir a algunas amigas. A veces se hace tarde, y las que viven lejos...

—¿Se quedan a dormir contigo?

—Y dormimos como podemos. Cuando dormimos... Una vez... No quiero acordarme... Se quedaron aquí cinco, y conmigo, seis.

—No cabrían todas ustedes en la cama.

—No. Dormimos aquí en el gabinete. Echamos dos colchones en el suelo. ¡Qué nochecita!

—Ya me lo figuro.

Cuando después se hallaban las dos sentadas en un pequeño diván, ante un veladorcito sobre el que ardía la lamparilla de una cafetera rusa y algunas botellas de licores mostraban el embarazo de sus panzas grotescas, Adela suplicó:

—Si quisieras acercarme unos cigarrillos... Supongo que fumas.

—Vicio que yo no tuviera..

Ante la respuesta tan graciosamente desenfadada, Adela sonrió. Pero no quiso forzar el diálogo, para que fuese la otra la que asumiese el papel de dirigente en aquella linda comedieta de asunto lesbiano.

Vaciadas las tazas de café y algunas copas de licor:

—No bebo más—dijo Adela—. Como una loca he bebido y bebido...

Se abrió una pausa embarazosa. Las dos mujeres sentían próximo el instante de la mutua entrega.

El silencio fué roto por Rosalie con esta decisión inesperada:

—¿No tiene usted calor? Yo, sí, terrible... Voy a aligerarme de ropa.

Salió un momento. Adela no tardó en reconocer que se moría de impaciencia por sentirse definitivamente asaltada, acariciada y poseída por tan gentil criatura, claro que dando



al término "poseída" el sentido un poco vago de posesión lesbiana.

Volvió Rosalie, mostrando en su semidesnudo el carácter un poco aplebeyado de sus inclinaciones eróticas. Cubríale el cuerpo magnífico una combinación apachesca, negra y roja, de pantalón y camisa de seda.

Se sentó en un pequeño escabel, frente a Adela, y allí mismo, sin añadir una sílaba, sin más comentario justificativo, abrióse la combinación por abajo.

En un momento de la violenta actitud—más violenta por el designio deliberado de la muy pícara—Adela entrevió la ensortijada ladera sobre la roja herida palpitante.

—¡Ay, así sí que da gusto!... Usted debiera hacer lo mismo, señorita. O, si le parece mejor, no se moleste...

Tampoco esta vez esperó autorización ninguna, y, acercándose a Adela, empezó a desnudarla, poniendo un comentario mimoso y adulador a cada uno de los encantos carnales que iba descubriendo.

Aunque tuvo que poner en juego toda su voluntad para refrenar la furia de sus ya desatados deseos, al ver a Adela en camisa e iniciar la retirada del pantalón, sus ansias ya incontenibles de viciosa pudieron más que todos sus esfuerzos por dominarse, y dejando la prenda enredada en el nervioso obstáculo de los pies, cayó sobre el cuerpo durante tanto tiempo deseado, musitando al oído de la ya indudablemente vencida palabras de pasión y disculpa.

—¡Adela! ¡Mi Adela! Ya no puedo llamarte señorita. Sé que no tengo perdón; pero estaba loca, lo estoy... Te quiero, te quiero toda mía, cuerpo y alma, vida de mi vida. Deja que se unan nuestros cuerpos. ¡Serás muy feliz conmigo! Soy una mujer, sí, desgraciadamente; pero algo hay en mi cuerpo que me asemeja a los hombres... Déjame a mí. No, así no, alma mía... Tú no sabes... Déjame a mí.

Algo así como una picadura dulcísima y candente a un tiempo mismo sintió Adela en la corona de su sexo. Tenía razón... Era una mujer; pero algo había en ella que asemejábala a los hombres. Y gozó indeciblemente Adela, porque —lo que menos podía ella esperarse—en brazos de Rosalie disfrutaba de un placer inédito. Mucho había oído hablar de la conformación sexual de algunas mujeres, de que tan orgullosa se mostraba su nueva amante. Pero jamás había sido gozada por ninguna poseedora de aquel remedo de conformación masculina. ¡Oh, y su placer era una sensación extraña! Era como una mezcla de tormento y de dicha que hacía encender su sexo en las máximas gozosas irritabilidades.

Por eso, loca, enajenada, pataleó un momento para librar sus pies de la traba del pantalón, y en cuanto los sintió libres cruzó las piernas, casi los muslos, sobre los de su amante, y con sus mismas manos apretó furiosamente contra el suyo el cuerpo que la poseía, para hacer cada vez más intenso, más hondo el martirio dulcísimo.

—¡Rosalie! ¡Rosalie! Pero, ¿con qué me martirizas... y me haces tan dichosa? ¡Aunque me sientas morir de gozo, no te separes! ¡Hazme daño, mucho daño, todo el mayor daño que puedas!...

V

Pasaron unos minutos. Rosalie la sacó de su letargo.

—Amor mío, aquí no estamos con toda comodidad. Vamos a la alcoba... Tú verás... Va a ser una noche de amor inolvidable. Pero... ¿qué te pasa?

Adela parecía no decidirse.

—Sé franca conmigo. ¿No quieres? ¿No te he gustado?

Todavía vaciló Adela. Al fin le dijo:

—Pues francamente, Rosalie... No digo que no me haya gustado. Pero sí te digo que no ha acabado de gustarme. En aquel momento, tú lo viste, creí volverme loca. Pero ahora..., pasada la intensidad del deleite... Quiero serte franca... Sentía, desde hace tiempo, curiosidad por gozar en brazos de una mujer... conformada como tú. Te hablo así porque ya habrás supuesto que soy viciosa... del mismo vicio tuyo. No tengo remedio. Me gustan las mujeres hasta enloquecer. Pero... ya lo oyes: he dicho las mujeres... Y tú, tú... recuerdas tanto la conformación masculina... Mi sinceridad va mucho más lejos. Va hasta decirte que estoy ahora más excitada que antes. Que daría—no sé yo qué da-

ría en este momento—media vida por tener entre mis brazos una mujercita... muy mujer, muy femenina. Tú—no te ofendas—recuerdas demasiado la acometividad y la naturaleza del hombre. Y vaya..., para eso no vale la pena de tener este *petit vice*.

Observó Adela que, contrariamente a lo que esperaba, su declaración había encendido en el rostro de Rosalie una expresión terrible de lujuria.

—Está bien—fué su respuesta—. Entre mujeres como nosotras no hay nada como la sinceridad. ¿Quieres tener ahora mismo esa mujercita muy femenina en tus brazos? Yo voy a traértela. Vas a gozar a *mi capricho*. No te he querido decir nada. Vive en el piso de enfrente y vive sola. Es una empleada de *Le Printemps*. Una chiquilla de diez y nueve años encantadora. No hace ni tres meses que ha llegado a París desde su provincia. No me mires con esos ojos de asombro. ¿Te extraña que sea yo misma la que te la ofrezca? ¿Tú no has oído hablar de los hombres que llevan a sus queridas a gozar con mujeres? *Eso* aquí en París está a la orden del día. Pues como yo soy un hombre, o me imagino serlo, que viene a ser lo mismo, quiero pagarme el capricho de ver a mi chiquilla muriéndose de placer en brazos de una mujercita tan linda y tan experimentada como tú. Anda, vete a mi alcoba y acuéstate. Voy a avisarla. Cuestión de unos minutos.

Y salió del gabinete sin añadir palabra.

Adela la llamó reiteradamente:

—¡Rosalie! ¡Rosalie!

No oyó respuesta y quedó un momento profundamente preocupada. ¿Era realidad cuanto le pasaba esta noche, o estaba bajo la influencia de un sueño lúbrico de una lubricidad demoníaca, turbia y exquisita?

Como respondiendo a una orden superior que su voluntad, casi automáticamente se levantó, se dirigió a la alcoba y se acostó en el amplio y bajo lecho de metal y biselados *paneaux* de vidrio.

No tuvo que esperar mucho. Entraron en seguida Rosalie y *la otra*. ¡Oh, la otra!... Una chiquilla rubia, de grandes ojos azules, y una boca..., una de esas bocas tiernas, como enmeladas, cuya sola vista produce una excitación repentina, como si se recibiese un beso dulcísimo en la medula.

Se llamaba Liane. Rosalie redujo los preámbulos a la mínima expresión. Sin duda ya había informado a su amiga



de lo que se trataba, porque Liane—eso sí, un poquitín ruborosa—aceptó inmediatamente la invitación expresiva de Adela al indicarle con los ojos un lugar a su lado.

—Como si yo no estuviera delante—dijo Rosalie—. Sed muy felices, que yo lo seré viendo cómo lo sois vosotras.

No se había equivocado Adela al prejuzgar las profundas delicias que supondría la boca, como una pulpa madura, de Liane. Porque apenas iniciado el primer beso, sintió que todos sus nervios vibraban, más aun, se retorcían como las viborillas irritadas de la cabellera de las euménides.

—¡Oh, chiquilla!—exclamó—. ¿Quién te ha enseñado a besar?

—¿Quieres un beso más dulce, más hondo todavía?

—Quiero que me hagas morir de dicha...

Morir, no; pero desvanecerse... A punto de ello estuvo. Porque nunca la habían besado como aquella vez en el vibrátil escudillo de su sexo. Se puede besar un sexo de mujer de dos maneras... En completo beneficio del o de la actuante o en absoluto beneficio de la paciente. Quien ejercita esta práctica por el placer que de ella para sí mismo deduce nunca logra un placer perfecto para la que es objeto de sus caricias. En cambio, en el caso contrario... Y éste era el caso de Liane... Toda su preocupación era hacer gozar a Adela, desentendiéndose de sí misma. Por eso la acariciada creía morir de deleite, de gozo infinito, porque toda la ciencia de Liane estaba en aquel instante puesta a contribución de sus máximos intereses carnales.

—¡Liane! ¡Oh, Liane de mi vida! Si yo diera con una amiguita como tú, su boca acabaría conmigo. ¡Qué contacto! ¡Qué caricia más dulce!

Rosalie, entre tanto, aunque encendida de furiosos deseos, no se resignaba a trocar el magnífico espectáculo de las dos gozadoras por una directa participación en él. "Nada superior—pensaba sin duda—que ver a estas dos criaturas en esta escena de tan sutiles caricias..., y tan hondas que hasta se han olvidado de mi presencia."

Pero, por otra parte, sus sentidos demandaban un apaciguamiento inmediato... Y su mano diestra—diestra en un sentido de orientación y en un sentido de experiencia habilidosa—se detuvo a la entrada de su propio sexo y allí, nerviosa, enloquecida, actuó desarrollando toda su sapiencia perturbadora, en una caricia solitaria e impar, no por incompartida menos profunda y desmadejante.

Sus labios susurraban:

—Seguid... Seguid... Y tú, Adela, inunda de felicidad a mi chiquilla. Yo también estoy gozando... Mucho..., mucho..., como nunca, como no creí que pudiera gozarse contemplando a dos mujercitas amándose como os amáis vosotras.

Ahora, Adela había asumido el papel activo. Y Liane, bajo la dulce presión de su cuerpo, se agitaba en convulsiones delirantes.

—¡Oh, *madame*! ¿Vamos a seguir siendo amigas? Tápame la boca porque... no sé, no sé... El placer va a hacerme gritar. ¡Sigue así!... Ahora, muérdeme... ¡Oh! Ya, *madamette*... Ya... *¡ma mignone!*

*

No era la condesita de Prado Jáuregui mujer para desperdiciar las ocasiones. Y para ella, Liane era una perla...

Una perla única en la ciencia y en el ardor del enlace lesbiano.

Por eso bastó que Rosalie quedara un momento sumida en el abismo de los sentidos satisfechos como consecuencia de su autocaricia extenuante, para que Adela lo aprovechara deslizando al oído de Liane esta proposición tentadora:

—Si me prefieres a Rosalie, vas a gozar de todos los



placeres de este mundo. Soy rica. Mañana regreso a España. ¿Quieres venir conmigo?

La respuesta de Liane autorizó a Adela a la mañana siguiente, después de una noche de embrujamiento erótico, a decir a Rosalie con un sutilísimo dejo de ironía:

—Tienes *el capricho* más delicioso del mundo. Procura conservarlo, porque no han de faltar golosas.

"Procura conservarlo"... Y, en efecto, a la noche siguiente, la condesita de Prado Jáuregui mandaba adquirir un reservado del sudexpreso París-Hendaya...

Aquella "perla" se la llevaba Adelita Alonso a la corte de todas las Españas...

VI

Famosa por sus escándalos era en Madrid la familia de Adela Alonso. A decir verdad, padre, madre y hermanas —no había descendientes directos varones—no tenían nada que reprocharse entre sí. O, mejor dicho, tanto tenían que reprocharse mutuamente, que consideraba cada uno preferible no darse por enterado de la conducta de los demás.

El hogar de los Alonso y Gutiérrez de Sedano se asentaba en un suntuoso hotel de la calle de Jorge Juan. Este era el hogar... oficialmente; la sede convencional de la familia. Hogar, en el sentido estricto de la palabra, no tenían ninguno. El hotel de la calle de Jorge Juan era, sí, la residencia de la familia para los efectos postales y de la guía de Madrid casi exclusivamente. En una palabra, al pasar por la calle citada se podría decir: "Este es el hotel de los Alonso y Gutiérrez de Sedano." Lo que ya no se podría decir sin caer en una grave falta de impropiedad de lenguaje era que "allí vivían" los Alonso y Gutiérrez de Sedano.

Sin duda, ningún miembro de la familia recordaba la

última coyuntura en que se vieron todos reunidos. Una vez era el padre el que se ausentaba durante meses y meses; otras, la madre que se marchaba a Inglaterra... "cuestión de veinte días" y se olvidaba de que su residencia estaba en Madrid, quizá por la considerable razón de saberse no esperada impacientemente por nadie. Las tres hijas, de su parte, se creían en el deber de seguir el edificante ejemplo de sus progenitores.

No es extraño, pues, que nuestra condesita hubiese decidido tener un piso para ella sola, en el que vivía o no, según las exigencias del curso de sus aventuras. Ahora, la aventura era de tanta fuerza atractiva como para no acordarse casi para nada del hotel de la calle de Jorge Juan.

Y en su piso "particular"—como ella graciosamente lo llamaba—, instalado en una de las últimas casas de la calle de Hermosilla, había instalado Adela a la rubia Liane, el último objeto de lujo que se había traído de París.

Una mañana, mes y pico después de su regreso de Lutecia, la doncellita entró en su alcoba y anunció:

—La señora de Clement-Albert.

—Que pase... ¡Que pase en seguida!

La anunciada era, contra lo que pudiera sugerir su apellido, más española que la estatua de Espartero. Su apellido francés se explicaba por el hecho de ser Concha Montero Isasi, viuda de George Clement-Albert, el famoso pintor retratista, ídolo de la aristocracia francesa, muerto hacía unos seis años. Vivió Concha Montero en París los diez años que el destino quiso concederle de mujer casada. En cuanto quedó viuda, sin un piadoso recuerdo sentimental para los muchos amantes—ellos y ellas—que en París había tenido, levantó casa y se vino a residir en Madrid, "lo mejor del mundo", según su plebeya expresión de aristocrática manola, completamente *impermeable* para los encantos de las grandes ciudades europeas.

Eran las doce de la mañana, y, de acuerdo con su costumbre de siempre, Adela aun no se había levantado. Chichí Montero—así la llamaban todos sus amigos y así le gustaba a ella oírse llamar—entró como una tromba en el dormitorio y se arrojó sobre su amiga, violenta y cariciosamente, como si hiciera un siglo que no la hubiese visto.

Fué un aluvión de besos, abrazos y apretones:

—¡Adelita! ¡Encanto de mi vida!... ¡Guapa! ¡Guapa! ¡Guapa! ¿Quién te quiere a ti? Dame otro beso. No, no me pongas el hociquito. Has de ser tú quien has de dármelo. ¡Ajajá! ¿Me dejas la orejita un momentito? Un momentito nada más. Déjate hacer.

Pero Adela protestó:

—Estate quieta, mujer... Pues sí que estoy yo como para que vengas ahora a excitarme...

—¿Por qué no?

—Hija, porque hoy ha sido una noche horrorosa.

—¿Con tu Liane?

—Con mi Liane.

—Entonces habrás querido decir una noche horrorosa... de rica.

—Como quieras. Pero la verdad es que tengo unas agujetas en los riñones...

—No seas mala. Me dices eso nada más que para mortificarme.

—¡Bah! ¡Bah! Entre nosotras... ya todo ha terminado.

—A ver qué remedio. Porque tú lo has querido. Es esa

Liane del demonio la que ha venido a desbancarme. No se lo perdono. Dame un cigarrillo...

Cogió una butaquita y se sentó en ella, junto a la cabecera de la cama. De una caja plateada, sobre un amplio taburete persa que hacía de mesa de noche, sacó unos cigarrillos.

—¿Tú quieres fumar también?

—Sí. Dame uno.

Encendió Chichí y Adela alargó el brazo, en solicitud de la misma cerilla. Pero la Montero la arrojó al suelo y sin retirar el cigarrillo de su boca lo acercó al de Adela.

—Así, como cuando nos queríamos... Mala... ¡Mala persona!...

Adela se echó a reír.

—Yo no he visto mujer más embustera en mi vida—le dijo—. Quieres hacerme creer que este final que hemos dado a nuestras relaciones ha significado para ti un gran dolor, un desengaño enorme.

Chichí Montero—una espléndida belleza de treinta y tantos años, alta, de apretadas carnes y profundos ojos de gozadora—subrayó la perspicacia innegable de la respuesta con otra risotada.

—No—explicó—. No soy tan tonta como para creer que lo eres tú. Entre nosotras no caben esos engaños. Nos hemos querido mucho... Es decir, a mí me sigues tú gustando todavía... ¡Lástima que tú de mí no puedas decir lo mismo! Pero un amor, una pasión entre nosotras... No, es verdad. No lo ha habido nunca. Ahora que, eso sí... ¡Lo que hemos gozado, hija mía!...

Y con un guiño picaresco:

—¿No? ¡Mujer, dime, contéstame algo!

Sonrió Adela y repuso:

—Si tú te lo dices todo... ¿O es que quieres que te regale el oído?

—¡Encanto de mi vida!...

En un movimiento rápido extendió un brazo y ocultó una mano bajo las sábanas. Adela sintió los dedos de su amiga jugueteando con las sortijas de su monte venusto.

—Estate quieta...

—¿Te molesto?

—No, Chichí, no. Pero no quiero que trabajes para el obispo...

No repuso nada esta vez la Montero directamente a la observación de la condesita. Varió, siquiera fuese de momento, el tema de la conversación, y *como por olvido* dejó la mano bajo la tibia protección de las blancas holandas.

—¿Y Liane? ¿Tan temprano sale esa criatura a la calle?

—Hoy, sí. Ha ido a hacer no sé qué compras.

Y después de decir esto, Adela se quedó mirando fijamente a su amiga. Con tanta insistencia que la otra tuvo que preguntarle:

—¿Por qué me miras así?

—Porque... lo que tú acabas de decirme. Porque entre nosotras no pueden caber engaños. Ea, francamente... Confiesa que te gusta Liane... Más aun que te importaría un bledo el sacrificio de nuestra amistad con tal de... birlármela.

Comprendía Concha que toda negativa sería inútil, y además sospechaba vagamente que Adela, por el solo hecho de haberle dirigido tal pregunta, quizá buscaba una posible ocasión de "complicar" de algún modo su aventura con la francesa.

Lo más discreto, pues, era contestar con la franqueza solicitada.

—Bueno, pues... sí. Me gusta Liane, no hasta el punto de sacrificar por ella nuestra amistad, pero sí lo suficiente para perturbarme más de la cuenta. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hace unos días se me ha ocurrido *une petite folie.*

Bastó el anuncio de la condesita de que se le había ocurrido una "pequeña locura" para que Chichí Montero se desbordase en apremiantes súplicas de que calmara cuanto antes su curiosidad, tan vehementemente despertada.

Y Adela, con toda lentitud, con plena conciencia de que cada palabra suya era como una piedra preciosa para la terrible ansiedad de su amiga:

—Tú me conoces...—empezó diciendo—. Me gusta lo raro, lo extravagante, lo que no está, lo que no puede estar al alcance de todo el mundo. Tener una amante como Liane, sostenerla, como yo la sostengo, como un hombre sostiene a su querida... ¡bah!, eso ya no tiene la menor importancia. No es que empiece a cansarme de ella; lo que me empieza a cansar es la situación, la vulgaridad del caso...

Y en labios de la condesita floreció la palabra que Chichí había presumido, diableando ya en la inquieta imaginación de su amiga.

—En fin, Chichí de mi vida—siguió diciendo—. *Esto* empieza a ser ya un poco aburrido. ¿Por qué no lo "complicamos"? ¿No sería hasta cierto punto original que nos repartiéramos tú y yo amigablemente a mi bellísima Liane? Vaya..., una especie de *menage a trois..., a trois femmes.* Algunos amigos nuestros...—que yo recuerde ahora, Polito Andrades y Javier Ruano—tienen una querida común. Entre los dos la han puesto casa y entre los dos se la disfrutan. ¿Por qué con Liane no hacemos nosotras lo mismo? Como tú comprenderás, no te propongo esto para que me ayudes a sufragar los gastos...

—¡Mujer, qué ocurrencia!

—Déjame hablar. No te propongo *esto* para *eso.* Y, no obstante, sin *eso,* la ocurrencia no me seduce. Me resultaría encantadora la ilusión de que somos dos mujercitas pobres que se pagan a medias el disfrute de una mujer bonita, como único medio de lograr su capricho. ¿No te parece?

¿No había de parecerle? Y tan interesante, tan delicioso, que en pago de su ocurrencia volvió a inundarla de besos, de mimos y de caricias, voluptuosos homenajes coronados con esta paladina confesión:

—¿Sabes lo que te digo? Que la sola proposición me ha excitado..., pero vamos, de una manera que... no sé... no sé... Y luego, de verte así, en tu cama, con esas ojeras..., con esa camisita rosa...

—Eres tremenda. Pues hija, hoy creo que no voy a poder *servirte.* Estoy rendida.

—No me ofendas. ¿No me crees capaz de excitarte?

—De verdad. Creo que no.

Concha se levantó de un salto. Se despojó del sombrero, cerró la puerta y corrió el *portier*...

VII

—Ahora enciende la luz morada—dijo a Adela en una súplica que, a fuerza de ser impaciente, parecía tener algo de orden.

Obedeció la condesita, y como viera a la Montero disponiéndose a desnudarse:

—No caigas en vulgaridades—le dijo—. ¿Crees que conseguirás más desnudándote? No, hija, no. Vestida, vestida. Además, ese traje de seda negro te va admirablemente. Me excitará mucho más el verme yo desnuda y una mujer vestida acariciándome. Así me hago la ilusión de que se trata de un asalto inesperado, imprevisto... Necesitas viajar un poco, querida Chichí. Refinarte, ponerte al corriente de las últimas *trouvailles*.

No estaba en aquel momento la soberbia Chichí para detenerse a demostrar que todo es cuestión de gusto en esta miserable vida. Sólo estaba dispuesta a otra demostración: la de que le sobraban recursos para transformar un cuerpo agotado por el goce en una llama viva; la impasibilidad en ardor; la quietud en deseo...



Se acercó a la cama y, con nerviosa mano, arrojó a los pies las ropas que cubrían el cuerpo espléndido que se confesaba incapaz de nuevos espasmos.

—Vuélvete de espaldas... Así...

Ahora sus manos se ocuparon, por breves instantes, en arrollar la camisa al busto, a fin de hacer de ella un obstáculo mínimo.

Se inclinó, en seguida, y su boca se posó, se incrustó más bien, en el leve y rasurado espacio de la nuca. Luego, fué resbalando a lo largo de la espalda, mientras la lengua, dura y afilada, picoteaba la blanca piel en contactos de fuego. Trasladó, a continuación, la caricia a los pies de la deseada, realizando ahora una carrera ascendente, a través de las piernas y los muslos.

—¡Dime la verdad! No te perdonaría nunca que, viéndome en este estado de excitación, me hicieses la comedia de la mujer insensible. ¿No sientes nada?

—Te juro que no.

—¿Y un beso... *ahí?*

—Me han dado muchos esta noche. Pero Chichí, no te enfades... Goza tú y no te ocupes de mí para nada.

—No, eso no. Eso sería humillante para mí.

Loca, demudada, consumiéndose en la hoguera de su propia libídine, saltó al lecho y apresó bajo el suyo el cuerpo de la condesita.

—Tendrás que gozar a la fuerza. Tú conoces mi facultad para resistirme. No gozaré mientras no sienta tu gozo.

Con precisión increíble estableció el supremo contacto y empezó a agitarse convulsivamente, como enajenada de todo lo que no fuera el inmediato apaciguamiento del ardor de sus entrañas.

Adela pareció compadecerse.

—¿No estás dispuesta a gozar como no goce yo también?—le dijo.

—No te quepa duda. Aunque sólo sea por amor propio.

—Está bien. Voy a ayudarte. No me tacharás de egoista. ¡Dime! ¡Dime! ¿Qué hay que hacer?

—Hay que hacer... Es algo que me ha enseñado mi Liane, que también mi Liane tiene sus manías... ¿Sabes cuál es una de las cosas que más le gustan? Contemplarme mientras me acaricio yo misma... ¿Comprendes? Yo no creí nunca que ese espectáculo pudiera ser tan extremadamente perturbador. Un día seguí su consejo e hice la experiencia... ¡Chichí de mi alma, tenía razón Liane! Es algo delicioso, inefable.

No tuvo que ampliar Adela su explicación. Chichí Montero saltó de la cama y volvió a ocupar la butaquita al lado de ésta.

—¿Ves, Chichí, cómo hice bien en aconsejarte que no te desnudaras? No es lo mismo contemplar a una mujer, desnuda, acariciándose ella solita, que verla en esa actitud tan exquisitamente obscena... levantadas las faldas, la mano trémula ocupada en la dulce tarea de calmar el ardor de sus sentidos... Anda, empieza, nena mía...

Chichí Montero se deslizó en el asiento, un poco hacia fuera para asumir la actitud más conveniente. Alzó la pierna derecha y la dejó apoyada en un extremo del lecho. La izquierda, estirada, descansando contra la alfombra, formaba una línea oblicua con relación al vértice de fuego—tratándose de ella, volcán devorador y consuntivo.

—Ahora, Chichiti mía, hazte la ilusión, convéncete a ti misma de que estás sola... Es decir, de la única manera que se puede realizar una perfecta caricia solitaria. Por eso, no debes besarme, ni acercarte a mí para nada. Yo, con mirarte..., con admirarte, mejor dicho, tengo más que suficiente.

Ya había iniciado la otra la autocaricia demandada. Y, en verdad, que no tuvo que esforzarse mucho para seguir en todo las indicaciones de su amiga. Porque si bien era perfectamente cierto que sólo por complacer a Adela y por lograr su excitación inmediata había accedido a aquella obscenidad en la que no había tenido necesidad de caer desde hacía muchos años, muy cierto era también, por otra parte, que la conflagración de sus sentidos exigía ser sofocada inmediatamente, por lo que bastaron los primeros contactos digitales para que se desentendiera en un momento del extravagante capricho de la condesita, y, en realidad, se olvidase de su presencia, preocupándose ya, exclusivamente, de su propio placer, siquiera fuese logrado de aquella manera torpe y rudimentaria

Sin duda fué esta sensación de perfecto realismo lo que precipitó en Adela el renacer de carnales deseos. Miraba a Chichí con desencajados ojos, la mirada estrábica, la boca contraída en un rictus violento. La necesidad de no proferir una sílaba para no provocar en la otra un inmediato retorno a la realidad se convertía para ella, en aquel trance, en un nuevo incentivo, en un enérgico estimulante erótico...

Sin embargo, llegó un momento en que le fué materialmente imposible prolongar la contención formidable. Fué entonces cuando extendió los brazos, rodeó con ellos el cuello de su amiga y atrajo su boca hacia la suya.

—¡Basta, basta, Chichí, encanto mío!... ¡Ya estoy dispuesta otra vez a todas las locuras! Ven, salta, como antes, sobre mi cuerpo...

Ya era demasiado tarde. Chichí, sin responder palabra, no quería interrumpir la invasión del deleite, cuyo anuncio cierto había recibido desde hacía unos instantes.

—Pero, nena, mi nena, ¿no me oyes? Ahora soy yo la que te suplico. Ahora voy a ser yo la que voy a morirme si no aplacas estas mortales ansias que me consumen.

Al fin abrió los labios la Montero, pero solamente para proferir estas encendidas palabras:

—¡Déjame, por lo que más quieras! No me interrumpas... Has venido a sacarme de mi ilusión en el supremo instante... ¡No! Ya no... Ya no es posible... ¡Oh, Adela! ¡Qué infinito placer, Adela de mi vida!...

Quedó el cuerpo rendido sobre el asiento. Chichí había cerrado los ojos y dejado caer los brazos, en una actitud de desmadejamiento inefable. Pero no pudo saborear íntegramente aquel dulce reposo de los sentidos satisfechos, porque Adela, nerviosa, casi irritada, demandaba a su vez algún alivio para sus terribles furias sensuales.

¿Cómo hacer reaccionar a su amiga, pero de una manera rápida, inmediata, y hasta, si era preciso, violenta? Se le ocurrió algo, que tal vez...

—¡Chichí, amor mío!—suplicó—. Haz un esfuerzo... Levántate y acércate a mí... Sí, acércate más, más todavía.

Así lo hizo la suplicada, y quedó en pie, sus rodillas tocando materialmente el borde de la cama.

—Abre un poco las piernas... Levántate las faldas y recógetelas sobre el vientre.

Adela hizo un movimiento rápido, dejando parte de la espalda fuera del borde del lecho donde yacía. Entonces su cabeza, agitada, convulsa, fué a perderse entre los muslos prietos—y rígidos por la actitud—en una búsqueda precipitada y gozosa... Dió la boca en seguida con el vibrátil botoncillo, sede y antena de la sensibilidad femenina. Era algo tan tremendo, tan sabiamente practicado, que el solicitado renacimiento de las amorosas ansias no tardó en producirse...

—¡Adela, que vas a matarme! Ya estoy otra vez loca... Déjame. Tengo ganas de estrecharte entre mis brazos, de sentir todo tu cuerpo contra el mío.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para librarse de la voracidad vampiresca de su amiga. Pero no había más remedio. De otro modo, los espasmos, en una y otra, se hubieran sucedido, siempre por prácticas y procedimientos excepcionales, sin lograr nunca un acoplamiento integral, un enlace lesbiano auténtico.

Lograda la evasión de aquella boca, de la que podría decirse lo que de la dulce mano dijo el poeta: "que acaricia y mata", volvió a saltar Conchita al amplio y tibio lecho.

Pero, ¡oh, siempre inesperadas ocurrencias de la condesita!, ahora era ella misma la que suplicaba a Chichí se despojase de sus vestidos y asumiese en la cama una posición verdaderamente original.

Impaciente, conteniendo a duras penas sus locas ansias de llegar cuanto antes a la cúspide del deleite supremo, a tirones, que constituían una grave amenaza para la finísima seda, desnudóse Chichí, quedando solamente con las medias, los zapatos y la combinación color naranja, cuyo inferior enlace desabrochó con mano precipitada y trémula.

—He aprendido en París—le dijo Adela—una actitud encantadora... Ponte tú en posición contraria a la mía. ¿No comprendes? Mi cuerpo está tendido en una posición normal: la cabeza en la cabecera y los pies en los pies de la

cama... Bueno, pues tú, al contrario, en sentido inverso: tu cabeza en los pies de la cama y tus pies en la cabecera...

Como resultado de la completa explicación, avanzando la una hacia la abajo y la otra hacia arriba, abiertos los muslos, llegó un momento en que los sexos, iremediablemente, tuvieron que encontrarse. La idea de la novedad—para aquellos dos seres de lujuria, más residente en el cerebro que en las propias entrañas—era, sin duda, el incentivo más poderoso en esta tan prolijamente detallada coyuntura, y esto decimos en consideración a las muestras de entusiasmo, de delirio venusto que daban las dos incorregibles libertinas, como si fuera aquella la primera vez que se gozaban mutuamente, como si estuviesen logrando un acoplamiento sáfico después de haberlo deseado durante mucho tiempo.

Pero... Fué algo tan rápido, tan imprevisto... Se abrió de pronto la puerta, y bajo su dintel se dibujó la figurilla leve—toda aristocrática indolencia—de Liane, *la petite française.*

—¡Oh!

No fué un grito, sino una exclamación solamente; pero profunda, casi interminable.

Chichí Montero paralizó instantáneamente su amorosa actividad. Pero Adela se apresuró a tranquilizarla.

—¡Sigue! ¡Sigue! ¡No te detengas! Liane ha aprendido a mi lado a ser comprensiva. Nuestra *liaison* no significa ningún compromiso... por mi parte. ¿Verdad, Liane, mi tesoro, mi dulcísimo encanto?...

—*Oui, madame... Continuez... Je suis discrete. Je m'en vais, tout de suite.*

—¡No, no te vayas! Mucho te gusta verme, contemplarme acariciándome a mí misma... ¿Por qué no ha de gustarte, entonces, verme, contemplarme, gozando con otra?

—Es vrdad. Pensaba irme por discreción. Pero sería para mí delicioso quedarme... *C'est si douce de voir deux petites femmes qui s'aiment!...*

—Sí, quédate... Anda, quítate el sombrero y el abrigo, y luego acércate aquí, a mi lado...

Antes, no se hizo repetir la Montero aquella vehemente súplica de que siguiera el contacto encendido de los sexos. Ahora, Liane, tampoco se hacía repetir la súplica de que se despojase del sombrero y el abrigo.

Quiero dar a entender con lo apuntado que cuando la francesilla se acercó a la cabecera de la cama, ya Adela y Chichí habían reanudado su actividad dulcísima. Pero en Adela, la presencia de su amante despertó otra vez el deseo de ejercitar una de sus prácticas dilectas: la que antes había empezado a practicar con la Montero. Pero esta vez podría simultanear la sed de su boca con el ardor de su sexo.

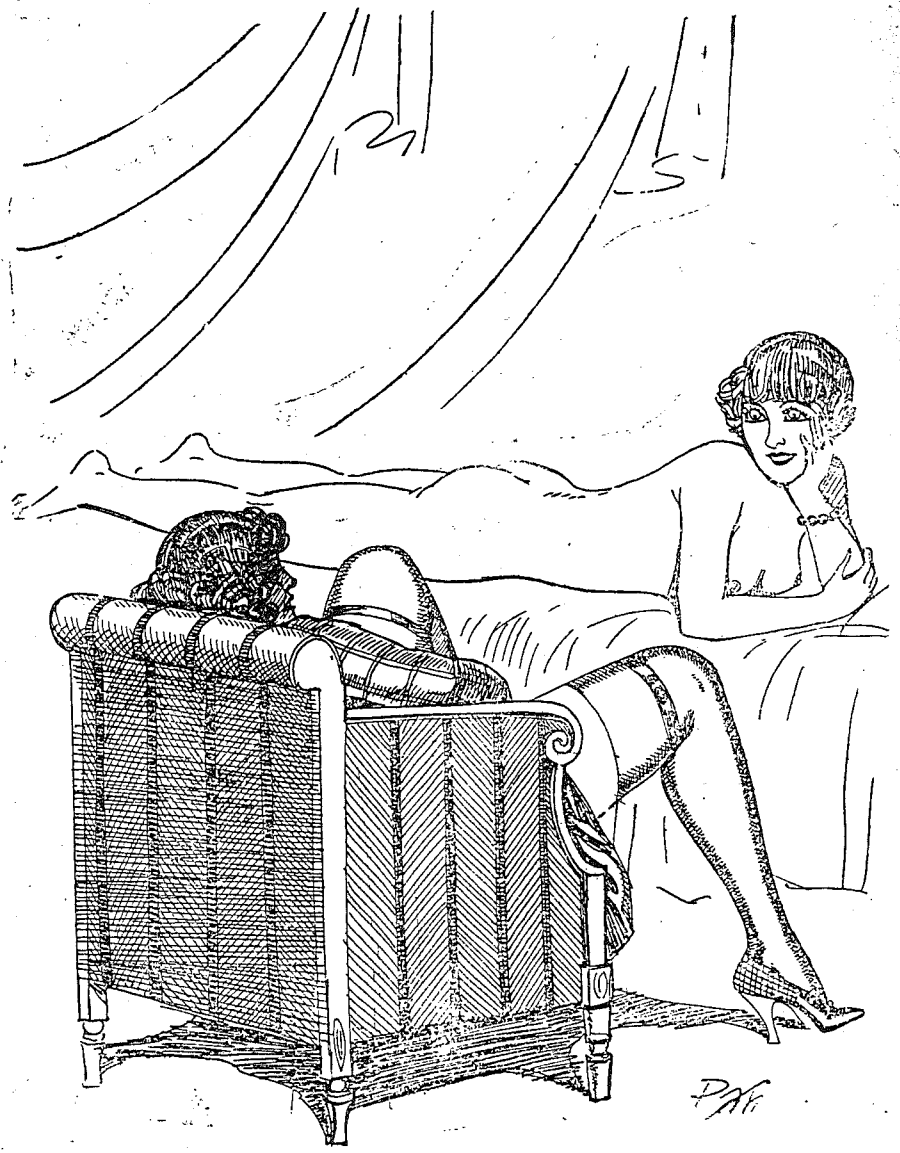
Y así, en cuanto tuvo a Liane de pie, junto al borde de la cama, echó el busto un poco hacia fuera, y su boca de fuego buscó otra vez una rosa roja, palpitante en seguida al sentirse acariciada en la húmeda tibieza del pistilo...

VIII

El patio del teatro de la Comedia—preparado a manera de pista para los tradicionales bailes de máscaras—crepitaba de risas, holgorio y escándalo. Serían las dos y media de la madrugada. Disfrazadas de pierrots—dos trajes sobrios y elegantísimos—, Adelita Alonso y Chichí Montero ocupaban un palco.

Chichí había propuesto la aventura... Una tarde le había dicho a la condesita de Prado-Jáuregui que, por aquellos días, le obsesionaba la idea de que, tal vez, muchas lesbianas lo son, exclusivamente, porque no han encontrado al hombre, al macho capaz de satisfacer sus exigencias sexuales. Desde luego, las palabras de Chichí Montero, al tratar este asunto, fueron de un sabor mucho más popular y desenfadado. En resumidas cuentas, vino a decir que todo lesbianismo se acaba en cuanto una mujer encuentra "un... a su medida". El autor de esta historia no cree absolutamente necesario llenar con una palabra contundente el espacio ocupado por los puntos suspensivos.

Adela no se había dejado convencer. Pero como Chichí



le propusiera ir una noche a un baile de máscaras, bailar con cuantos hombres las solicitaran, y entre ellos, al final, escoger cada una el que, por el aspecto, la charla y los contactos terpsicóricos, supusieran más probablemente capacitado para llenar las funciones a que serían requeridos, la condesita de Prado-Jáuregui accedió a correr la aventura, más por lo que había en ella de gracioso, de *tremendo,* casi de absurdo, que por propio convencimiento sobre la eficacia de la experiencia.

Y eran, en verdad, de una procacidad irresistiblemente cómica los comentarios de las dos amigas, cuando quedaban solas, acerca de las presentidas dotes y facultades de los hombres con quienes habían bailado.

Cerca de las cuatro, remate, como es sabido, de estas fiestas demoníacas, Adela y Chichí se hallaban en el antepalco con los dos "elegidos". El de Chichí era un estudiantón alto, fuerte, simpático, un poquito frescales, por lo que llenaba, con esta última *cualidad,* una de las exigencias espirituales de la Montero, que no concebía la posibilidad de sentirse atraída pasionalmente por un hombre sin sus puntas y ribetes de desaprensión y frescura. "*Aberrasiones*", que dicen allá por las riberas del Betis. Un poco más, y el ideal masculino de Chichí hubiera sido un completo y rematado sinvergüenza.

Adela se había decidido por un capitán aviador, un "verdadero encanto de hombre", según la frase consagrada por la rutina y la pereza mental de las mujeres. Siendo un tipo selecto de raza, en cuanto al aspecto físico, y de una atracción fascinadora, en cuanto a las gracias espirituales, quizá lo más interesante del capitán Adalid era su naturalidad, su sencillez, dones rarísimos en hombres que se saben guapos,

simpáticos y agradables a las desdichadísimas hijas de Eva.

Había ido la condesita al baile—ya lo hemos indicado—sin esperanza de encontrar a un hombre que lograra interesarla verdaderamente. Pero ahora, en la intimidad del antepalco, después de beber copioso y de la inesquivable excitación de la danza, sintiéndose estrechada y besada por aquel tipo espléndido de masculinidad y fortaleza, llegó a imagirse que, acaso, la aventura iba a tener para ella mucha más trascendencia de la razonablemente esperada.

Y se confirmaron, sobre todo, sus previsiones al sentir la delicadeza con que Eduardo Adalid perdía una de sus manos por entre la abertura del pantalón de seda de su disfraz, y más aún, al ser ella misma la que perdía una de las suyas por la abertura del pantalón masculino y estrechaba, encantada y gozosa, una masculinidad vigorosa y potente.

Tanto el estudiantón como el militar luchaban denodadamente para que sus respectivas parejas accediesen a desprenderse del antifaz que, con tanta razón, juzgaban ocultador odioso de dos bellezas excepcionales. Pero no lograban su empeño.

—De verdad—explicó Chichí—; no nos es posible... Al menos, por ahora. Aunque ustedes se resistan a creerlo, somos dos mujeres, si no decentes, lo suficientemente "bien", lo suficientemente conocidas para considerar lo de esta noche como "una locura". Si al final de nuestra experiencia con ustedes, juzgamos que vale la pena de continuar siendo amigos, entonces, claro está, desaparecerá el misterio... Mientras tanto...

Inició la orquesta el *galop* final, y nuestras dos parejas, ya impacientes, quizá creyéndose levemente enamoradas, abandonaron la sala.

Entre la multitud de automóviles que casi ocupaban toda la extensión de la calle del Príncipe, Eduardo Adalid, después de una búsqueda bastante difícil, encontró su *Fiat*, al que subieron los cuatro.

Hubo un momento de indecisión, cortado rápidamente por el capitán, dando esta orden a su chófer:

—A casa.

Cruzó el auto la Puerta del Sol, tomó por Preciados, enfiló a toda velocidad la cuesta descendente de Leganitos y la ascendente de la calle de la Princesa. Se detuvo ante un portal de Alberto Aguilera, y Eduardo Adalid se creyó en la necesidad de dar algunas explicaciones:

—No hay que temer ninguna indiscreción. Vivo solo...

*

Hacía tanto tiempo que la condesita no se arriesgaba a una aventura perfectamente normal, esto es, con un hombre que ahora, sin poder remediarlo, sentíase un poco intimidada. Y era que, en su subconsciencia, se elaboraba la convicción de que aquella vez el papel que iba a desempeñar, mejor dicho, que ya estaba desempeñando, era absolutamente pasivo, como corresponde siempre al sexo femenino al enfrontarse en un combate de amor con el sexo contrario.

Chichí Montero y su "amante", dada la exigüidad del piso de Adalid, quedáronse en el gabinete, cuya decoración moderna y la hospitalidad voluptuosa de una amplísima y muelle cama turca, hacían de él un recinto sugestivo y acogedor, en donde, sin duda, la delicadeza del alado infante ciego no sufriría el menor menoscabo. Quiero decir, y digo ahora, quizá con expresión mucho menos discreta, que... va-

ya... en fin... que en el gabinete aquel se podían hacer, y muy a gusto, todas las "tonterías" que demandasen las circunstancias.

Eduardo y la condesita pasaron a la alcoba. El deseo de ambos acortó los diálogos preliminares propios de la situación. Y siendo así, a los pocos minutos se hallaban acostados, entregados los cuerpos a esas caricias y roces que, aunque siendo también preliminares, no pueden ni deben ser eludidos en ningún amoroso encuentro.

—No me beses más, Eduardo...—suplicó Adela, con voz entrecortada, nuncio evidente de las ya imperiosas demandas de sus sentidos.

Pero él acaso no comprendió todo el alcance de la expresión suplicatoria. De otra manera, no hubiera caído en la ingenuidad de preguntarle:

—¿Que no te bese más?... ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

La condesita, pues, no tuvo más remedio que pasar de las insinuaciones a una confesión totalmente explícita:

—¿No ves cómo estoy? Es que no puedo resistirme más... ¡Que quiero ser tuya, Eduardo! ¡Que quiero ser tuya!

Y fué ella misma la que atrajo sobre su cuerpo el cuerpo vigoroso del amante. Ella misma la que inició el apretado abrazo de las conjunciones perfectas. Ella misma la que primero ofreció su boca para que el macho la sometiese a un dulcísimo tormento.

Al sentirse penetrada íntegramente exhaló un grito, mezcla de dolor y de gozo. La sensación dolorosa, empero, debió de ser instantánea, si nos atenemos a las muestras descompasadas y delirantes del placer, cuyo final espasmo se anunció en ella—contrariamente a la generalidad de los casos—con mucha más celeridad que en el potente macho que la cabalgaba.

—¡Oh, Eduardo, muérdeme, estréchame más, mucho más, aunque me ahogues!

Estas expresiones de un gozo infinito apresuró en él la inefable sensación suprema, por modo tan decisivo, tan eficaz, que la invasión deleitosa se produjo con la más estricta y exacta simultaneidad, para mayor delicia de los amantes, que, como es sabido, en esta coincidencia sólo a veces y por excepción lograda, encuentran el deleite máximo a que es razonable aspirar en la inmortal contienda de los sexos.

¡Raro temperamento, en verdad, el de nuestra inquieta condesita! No podía negar que había gozado intensamente, y, sin embargo, aplacados apenas sus sentidos, rogó al que no sería mucho llamar "improvisado amante" que la dejase salir de su casa, con el fácil pretexto de tener que volver a la suya antes de que amanciera.

El capitán suplicó con la reiteración indispensable para que ella no juzgase su consentimiento como deseo egoísta de hallarse solo, una vez logrado un capricho ocasional y momentáneo. Ofendido en su amor propio—con más razón aún en vista de que la dama había inflexiblemente sostenido su terco empeño de no quitarse el antifaz—, le respondió con un dejo de desdén en sus palabras:

—Por su gusto ha venido usted a mi casa... Por su gusto saldrá usted de ella cuando lo tenga por conveniente.

Avergonzada, quizá humillada también, Adelita Alonso se vistió con la máxima premura posible. Aunque sentía una viva necesidad de estar sola, se veía en la obligación de avisar a la Montero de su partida.

Llamó a la puerta del gabinete. Chichí, segundos después, entreabría la puerta.

—Pero ¿estás loca, Adela? ¿Te vas?

—Ya lo ves...

—¿No te ha interesado?

—¡Pche!...



—¡Oh, qué lástima! Yo, en cambio, estoy encantada. Perdóname. Pero yo no quisièra irme. Ya ves... Hasta me he quitado el antifaz...

Se despidieron, quedando citadas para el día siguiente. Adalid acompañó a su amante de un momento hasta la puerta de la calle.

—¿Quiere usted que avise al chófer? Es cuestión de un momento. El tiempo de telefonear.

—No, gracias, de ninguna manera. Buenas noches, Eduardo.

—Buenas noches, señora.

IX

En el cruce de Alberto Aguilera con Princesa, la condesita encontró un "taxi" y subió en él.

Camino de su *garconnière* de la calle de Hermosilla luchaba por poner un poco de orden en su corazón y su cabeza. ¿Por qué se sentía tan profundamente humillada? El capitán Adalid no pudo haberla tratado con más corrección. Y, sin embargo... Quizá la causa residía en una justa apreciación de sí misma, sobre todo al compararse con la Montero. Chichí promiscuaba indistintamente con Evas y Adanes. Prueba de ello, indudable prueba, era que en aquellos instantes no dejaría a su nuevo amigo por las caricias más sutiles de la más experimentada de las mujeres. Esta promiscuidad, aunque en sí abominable, lo era, no obstante, mucho menos comparada con el carácter irredento de su propia libídine... No, para ella no había salvación ni esperanza de salvación. Se había entregado al capitán poseída de las más sinceras y vehementes ansias de gustar los deliquios normales. Y había gozado, indudablemente... Pero, en seguida, volvió a sentir la solicitación del vicio nefando, solicitación

traducida esta vez por un violento deseo de regresar a casa y estrechar entre sus brazos a su pobre Liane, tan injusta, tan imperdonablemente abandonada aquella noche.

Siempre en casos semejantes le había ocurrido lo mismo. Hasta cuando se entregaba a mujeres monstruosamente dotadas por la Naturaleza con remedos de sexos masculinos.



No podía olvidar lo ocurrido con Rosalie, la camarera del Hotel Constance, la amiga, antes que ella, de su Liane, de su Liane, dócil y callada, que ahora la estaría esperando impaciente de enlaces voluptuosos... Precisamente Rosalie la había casi asqueado por lo que había en ella de aspiración varonil y hasta de lograda—hasta cierto punto, claro—conformación recordatoria del dardo penetrante... No, para ella el encanto de la mujer residía en su propia feminidad, en ese hechizo de ternura y delicadeza que nunca puede emanar del hombre, a no ser en casos de afeminamientos en que las exteriorizaciones de la inversión se hacen repulsivas y odiosas.

Paró el "taxi" a la puerta de su casa. Adela Alonso se precipitó escaleras arriba. ¡Le parecía que iba a volver a abrazar a Liane después de una ausencia de siglos!

—¡Liane! ¡Liane! Aquí estoy ya, monísima... No pude llevarte conmigo... Pero ahora te explicaré... y te recompensaré como tú te mereces...

Como una loca iba diciendo todo esto desde el pasillo al dormitorio. Al llegar a éste su sorpresa fué algo sobrehumano, indescriptible. ¿Dónde estaba Liane? ¡La alcoba, sola, sola, y la cama intacta!

¿Eh? ¿Un papel sobre la almohada? Se lanzó sobre él, como si temiera que alguien pudiera disputárselo... ¡No, no era posible! ¡No podía ser cierto el significado claramente desprendido de las escritas palabras!

"Tu Liane, humilde y callada, tenía que rebelarse alguna vez. Cuando leas estas líneas ya estaré camino de Francia. No has sabido comprenderme, Adela. Me has tratado como a una prostituta. Y yo no era *eso*, no soy *eso*. Primero, me engañabas con todas tus amigas, después me compartías con algunas de ellas, como con la Montero; finalmente, te vas al baile y me dejas en casa, ni siquiera como a la querida pagada suficientemente para que no tenga derecho a quejarse de nada, sino, peor aún, como a la sirvienta que no tiene por qué aspirar a acompañar a la señorita.

Yo soy como soy, porque aún no he encontrado al hombre que sepa hacerme lo feliz que me han hecho algunas mujeres. Es muy posible que lo encuentre algún día. Pero, mien-

tras tanto, no quiero ser la esclava de ninguna mujer que me trate como un hombre pueda tratar a una querida que sostiene, más que por placer, por caridad, casi por compromiso. Adiós. Pudimos ser muy felices y tú no lo has querido.—*Liane.*"

Quedó Adela atontada, sin poder darse exacta cuenta de lo que le ocurría. Luego su asombro se tradujo en una emoción inesquivable, más fuerte que su voluntad de permanecer serena, impasible.

Al fin no pudo más, y como una chiquilla a quien acaban de arrebatarle su muñeca más amada, se arrojó de bruces sobre el lecho y exclamó entre sollozos:

—¡Liane! ¡Mi Liane! ¡Tienes razón, y, sin embargo, tú no sabes cómo yo te quería! ¡Con qué infinita ternura te adoraba!...



En la próxima semana se pondrá a la venta el número extraordinario de

La Novela Exquisita

Se trata de un alarde de edición lujosa, profusamente ilustrada por Zala, en color y en negro.

La más bella novela erótica.

Precio: 3 pesetas